


 Ignacio Castillo

Algunas pistas sobre el contexto de producción y consumo del arte popular

CONTEXTO Y LECTURAS

Las imágenes de bulto, tan propias del Catolicismo occidental desde el medioevo hasta nuestros días, han sido junto con los sacramentos (sobre todo el Bautismo, la Eucaristía y la Unción) formas privilegiadas de la mediación y realización de la experiencia religiosa. No en vano el Verbo Hecho Carne es, junto con La Trinidad, misterio central de la fe cristiana.

Dada la estructura propia de la persona humana (espíritu en y desde la corporalidad), siempre ha habido en la experiencia religiosa de las colectividades la recurrencia a formas sensibles que posibiliten y articulen la vida de fe de los creyentes: luz, fuego, agua, aire, piedras, montes, ríos, astros, eclipses y cataclismos, las estaciones, los colores, ciertos animales y plantas, los alimentos claves de cada cultura, olores y sabores, la palabra, el verso, la música y el canto, la sangre y las vísceras, la posición y actitud corporal, el abrazo, el ritmo respiratorio, las ropas y adornos; el espacio, árbol, pradera, templo, orilla de mar... Prácticamente que toda la realidad del mundo de la experiencia sensible, según épocas, lugares y culturas ha sido densificada en su sentido por la humanidad en busca de la Trascendencia de la vida y la historia personal y social. Esta vertiente plástica de la experiencia religiosa (de la cual se han descuajado las artes) ha tenido su contrapunto recurrente en la iconoclastia, apuntalada por la experiencia de El Totalmente Otro que no puede ser objetivado o reducido a fetiche (lo hecho por mano humana) o al mundo (obra de Dios o simple azar). Sin embargo, al estabilizarse y tomar cuerpo social la protesta, aparecen cauces sensibles (serán otros....) que median la experiencia religiosa o tratan de sustituirla. Las Imágenes de Jesús, María y los Santos de los cielos de barro, madera, papel, trapo, lata, cemento, de la creación religiosa popular tienen como contexto matriz la fe católica tradicional rural, con su triple tiempo

circular.

El tiempo del ciclo de cultivo estacional anual: Navidad (nacimientos; y San Benito en nuestro occidente), Semana Santa (Crucifijos e Imágenes de la Pasión, que no de la Resurrección), comienzo de lluvias (San Isidro, la Cruz de mayo) y las Fiestas Patronales, generalmente al final de la cosecha principal (así, por ejemplo, San Juan y San Pedro por el centro).

El tiempo de la propia vida personal (nacer, crecer, reproducirse y morir) acompañada por los Sacramentos.

El tiempo de la calamidad en el cual se le pide a tal Santo (según el tipo de necesidad) que se muestra poderoso como en su momento, y luego, si cumple, se le cumple para seguirlo teniendo a mano.

Junto con las Imágenes centrales oficiales de la fe (La Trinidad, Jesús, María) están en el altar doméstico los Santos del propio pueblo (Patronos) y de la región (Santuarios mayores), y los Santos de las propias devociones y necesidades particulares.

Estas formas de piedad tradicional — de las que se han hecho críticas y lecturas muy diversas — han estado enraizadas y se corresponden con las economías de subsistencia precaria propias de las familias de peones, conuqueros y pequeños parceleros de la Venezuela rural. Siempre, de modo explícito o subyaciendo, algunas estructuras y códigos religiosos expresivos ancestrales indígenas y/o africanos quedaron incorporados en las prácticas de una experiencia religiosa más o menos, según el proceso histórico concreto de cada región, alimentada, articulada y controlada por la organización eclesiástica de la sociedad católica que hemos venido siendo.

La Imagen del Santo (Símbolo) y el Santo de la Imagen tienen un relato sustentador (Mito) que se cuenta en la casa y en la Iglesia, y que se celebra (Rito) en las fiestas comunales y familiares. Y así la vida en su conjunto va siendo vivible, siempre en precariedad pero sin perder la esperanza, ante la

dureza de las situaciones, su rutina y lo que pueda pasar, que con frecuencia pasa.

Hay una efectividad notable, ambigua, de los Santos de las Imágenes: despiertan emociones que debieran conducir hacia la realización de determinado tipo de valores (amor, ternura, alegría, aguante, resignación...), han aglutinado a las colectividades en las celebraciones que presiden (aun para el urbano racionalista, que es religiosa) y han posibilitado experiencias cualitativas sobre lo inexpressable del todo en palabras: el sentido de la existencia, para aguantar y/o luchar (la alusión a la realidad que hace la imagen —imaginar— ¿es sólo ilusión falsa, elusión evasiva? Cada quien trata de elucidar...).

La modernidad lógico-empirista occidental ha querido reducir los símbolos-mitos-ritos a atavismos alienantes, neuróticos-regresivos, infrahumanos, lenguajes sin sentido (ha sido en la crítica, pero ha extrapolado aspectos parciales); y esos anteojos no nos disgustan si nos tenemos, de algún modo, por ilustrados.

La modernidad social urbanístico-petrolera — que no pierde vigencia con la crisis, la deuda externa, el sacudón y el paquete — ha llevado a muchos campesinos nuestros, desde los años treinta, y a muchos vecinos, en los últimos treinta años, a seguir sobreviviendo en los barrios. Y allí siguen las Imágenes acompañadas por los nuevos poderosos celestes y terrestres (María Lionza, el Doctor, la corte india, la negra y la blanca, las estrellas de la TV., el afiche del ganador de la última campaña, objetos rituales de la santería, el Vudú...). Simbiosis no conflictiva, en el altar doméstico popular urbano están los santos de la tradición de origen privatizados (ya no hay celebración comunal), las imágenes de antiguas leyendas locales ahora masificadas (la Reina: adoranza de la Madre Tierra frente al nuevo desarraigo), canonizaciones hechas por el pueblo y ya onnipresentes (el Doctor: sacralización del poder emergente idealizado en su bondad) y los elementos importados.

En lucha contra las Imágenes, en esta nueva situación aparecen con fuerza las sectas evangélicas con logros parciales y significativos. Lo que pasa en la ciudad se revierte, menguado, sobre el campo.

PRODUCCION Y CONSUMO

Los artistas populares imagineros actuales heredaron en parte su oficio y en gran medida lo inventaron. Hasta el siglo XIX hubo santeros criollos, hijos de artesanos, que hacían Imágenes para el

culto en las Iglesias y los oratorios de los amos, cacacos y patronos, siguiendo los cánones y pautas de la imaginería española, que ha seguido siendo hasta ahora la principal demanda para el culto oficial y la devoción de quienes tienen medios.

Hubo también hacedores de Santos de palo para la piedad popular y rara vez, para alguna capilla humilde.

Alguno por heredero de esta tradición casi perdida, otros por cercanía de oficio, todos por necesidad expresiva, la gente con el alma entre los dedos manifiesta en sus obras la naturaleza, los animales, el trabajo, las fiestas y diversiones, la historia (Bolívar, y ahora Gómez), los personajes de la cotidianidad, rara vez la crítica, y casi siempre los Santos del cielo. Necesidad expresiva de las propias raíces, del modo de vida, de la memoria y la esperanza individual y colectiva. Nostalgia y añoranza, pero también afirmación e invitación a la vida. Artista, "nos enseña cómo servirnos de nuestros ojos, nuestros oídos, nuestras mentes y nuestros sentimientos con mayor poder y habilidad... Nos muestra cómo podemos discernir en el mundo que tenemos delante cualidades insospechadas y poderes y posibilidades latentes en el mismo. Es más, nos hace ver nuevas cualidades con las que el mundo, en cooperación con el espíritu del hombre, puede revertirse...". Hacedor de Imágenes de lo sagrado, buscando Ultimidad, se asimila a los Santos que trata de plasmar, haciéndonos "receptivos a las cualidades del mundo con el que nos enfrentamos, y abriendo nuestros corazones a las nuevas cualidades con las que este mundo, en cooperación con el espíritu del hombre, puede revestirse. Nos capacitan para ver y sentir mejor la dimensión religiosa de nuestro mundo, el Orden de Esplendor y de la experiencia humana en él y con él". Pretenden de algún modo manifestarnos lo Divino, la Visión Última (Descubre tu presencia y máteme tu vista y hermosura, mira que la dolencia de amor, que no se cura, sino con la presencia y la figura). Intuitivamente, sin la alharaca de las palabras; por la simplicidad extrema, más que por el oropel o el atiborramiento.

Entre el fabricante de Imágenes estimulado por moda-pago y el artista religioso popular hay trecho, y continuidad y ruptura. El artista debe vivir de su trabajo.

Durante los últimos años ha habido un auge notable de creación popular de Imágenes religiosas. Investigadores, coleccionistas y curiosos de las culturas populares, gente con magnífica sensibilidad, inteligencia e intención casi siem-

pre, han dado a conocer al gran público esta producción latente. Los periódicos, revistas y publicaciones de lujo de la empresa privada, los cortometrajes y micros para TV, se han hecho eco. Aparecen los mecenazgos del arte popular. Y la onda expansiva de esta producción se consolida con el incremento turístico hacia los Andes, polo principal de este quehacer santero.

En las tiendas de los hoteles margariños, en galerías de Caracas, están y bien cotizados, los Santos del pueblo. La postmodernidad coloca en el mismo mueble de pared el betamax, la computadora y cualquier Santo "ingenuo o naif" sin importar mucho cual sea, comprado en Trujillo o en Mérida. Además del mercado, aparecen los salones con premios en metálico para el Arte Popular, reconversión de la creatividad por la competencia.

Las mayorías urbanas y rurales surtirán su altar doméstico particular con la imaginería masiva de yeso o plástico, basta y hartó variada; y ocasionalmente, con los Santos escarapelados que desecharon otros sectores sociales, por viejos y/o inútiles. La selva de velas, flores, fotos y recortes, nimbará desde las necesidades de la vida a las Imágenes, por burdas o rotas que estén. Rara vez traerá alguien, de regreso de vacaciones en su pueblo de origen (ni por ser La Mucuy), un santico de palo...

El catolicismo en los últimos treinta años ha empeñado su esfuerzo pastoral

haciendo énfasis en los aspectos auditivo racionales (lengua vernácula, lectura de la Biblia, predicación, letras de cantos) y de compromiso ético (moral individual y/o social) de la experiencia de fe. Sin embargo, la vida ritual sigue estando, entre nosotros, referida, en alto grado, a los Santos (y sus Imágenes) y los difuntos (ánimas incluidas), desde la subjetividad tradicional de los creyentes practicantes (compárese incluso en la Semana Santa, la asistencia a los Oficios con la de las procesiones). Este giro de énfasis ha sido necesario ya que es desde la experiencia vivida desde donde los símbolos y ritos se densifican en su sentido, para no convertirse en sustitutos vacíos de la experiencia de la vida y las responsabilidades para con nuestro presente y futuro. Habrá nuevas iconografías mediadoras y constituyentes en la medida que existan comunidades y personas que celebren al Dios Vivo y siempre Bueno, manifestado en la Carne de Jesús, nacido de María, una de cuyas presencias tangibles, no obvia, es la de los rostros sufrientes del pueblo, herido por la violencia estructural de la pobreza mantenida, y que se niegan a la desesperanza. No se trata por lo tanto de algún laboratorio de propaganda publicitaria (imagen) o del escueto "realismo socialista". ¿De dónde vendrán las nuevas —y siempre viejas— Imágenes?

Uraca,

Fiesta de Todos los Santos, 1990

